

gleses de Belice dejasen de hacer el comercio ilegal que mantenía el fuego de la insurrección indígena (9). El ministerio de Relaciones exteriores, en 12 de marzo de 1849 dirigió con este motivo una nota al encargado de Negocios de S. M. B., quejándose de que la salvaje guerra de los indios de Yucatán no tenía término por los auxilios que recibían de Belice en virtud de aquel tráfico indigno, y pidiéndole que el gobierno inglés estrechara sus providencias para que fuese cumplido estrictamente lo estipulado entre S. M. B. y el gobierno español en el artículo 14 de la convención celebrada en 14 de julio de 1786, vigente entre México é Inglaterra. El encargado de Negocios, Mr. Doyle, contestó dos días después que iba á transmitir la nota del ministro mexicano al gobierno de S. M. B., y manifestó que creía que éste dictaría todas las medidas necesarias para hacer que fuesen respetados los principios generales de la ley de las naciones y todas las convenciones existentes entre México y la Gran Bretaña (10).

Pero como mientras se esperaba la resolución del gobierno inglés, la guerra social se prolongaba indefinidamente y los indios asediaban con tenacidad á Sabán y Tihosuco, el gobierno del Estado se resolvió á emprender de una vez la expedición á Bacalar, que venía meditando desde el principio del año, y de la cual, como hemos dicho, se concebían grandes esperanzas.

(9) *Boletín oficial* del gobierno del Estado, número 36.

(10) Vallarta, nota citada arriba.

CAPÍTULO XVI

1849

Se confía al coronel Cetina el mando de la expedición á Bacalar.—Las fuerzas que la componen son hostilizadas por los indios desde su desembarco.—Ocupan la villa después de algunos combates.—Los bárbaros se retiran; pero vuelven al cabo de pocos días y la cercan.—Algunos pormenores de este sitio, que se prolonga por mucho tiempo.—Combates del 4 y del 29 de junio.—Tenacidad y arrojo de los sitiadores.—Privaciones y sufrimientos de la guarnición.—Actividad y energía desplegadas por el coronel Cetina para perseguir á los comerciantes de Belice y á todos los que auxilian á los sublevados.—Ejecución de D. Vito Pacheco.

Comprenderá el lector que la expedición á Bacalar solamente podía hacerse por mar, y que para llevarla á cabo el gobierno del Estado necesitaba hacer gastos cuantiosos. Más adelante tendremos ocasión de hablar de la crítica situación que en aquellos momentos atravesaba el Tesoro público, y de los recursos extraordinarios á que apeló el Sr. Barbachano para cubrir sus numerosas atenciones. Haciéndose casi un milagro, pudieron levantarse en Mérida y Campeche cerca de ochocientos hombres, que debían formar la expedición que se proyectaba, y para su traslación al punto de su destino se fletó el vapor español *Cetro*, que hacía viajes de la Habana á Sisal para un comercio indigno, de que también nos veremos obligados á hablar en otro capítulo. Dióse á esta fuerza el nombre de séptima división, y se confió su mando al coronel D. José D. Ceti-

na, quien desde el mes de enero había bajado del Sur, dejando al coronel Pren encargado de la plaza de Tihosuco.

Toda la división se trasladó á Sisal en los primeros días de abril; pero no pudo verificar su embarque sino hasta el 20, en medio de un concurso extraordinario que había acudido al puerto á presenciar la partida. Componíase este concurso de los funcionarios más elevados de la administración pública, que creyeron conveniente autorizar el acto con su asistencia, y de las familias y deudos de los que debían partir, quienes, como debe comprenderse, hacían flaquear á los más animosos con las demostraciones de dolor que se les escapaban. El vapor zarpó á la una y media de la tarde, habiéndole precedido con varios días de anticipación el convoy de canoas que debía servir para el desembarque de la tropa y entrada en el lago de Bacalar.

La expedición llegó á Cayo Cocina en la tarde del 25; el 26 se trasladó á Cayo Hicaco en las embarcaciones menores, y el 27 toda la gente fué echada á tierra en esta isleta, con el objeto de tomar algunas disposiciones preliminares. Allí dividió Cetina su fuerza en dos secciones, confiando la primera al teniente coronel D. Isidro González, y la segunda al teniente coronel graduado D. Diego Ongay. La reserva, cuyo mando inmediato tomó el mismo Cetina, debía permanecer libre para acudir adonde lo pidiese la necesidad y ocupar el pailebot de guerra *Titán*, del cual era piloto el marino campechano D. Juan Pablo Celarain.

Tomadas estas disposiciones, la división volvió á embarcarse en la tarde del mismo día 27; el 28 alcanzó la barra de San Antonio, en donde Cetina se detuvo para tomar algunos informes sobre Bacalar, y pocas horas después volvió á detenerse en el rancho Santa Elena, con el objeto de preparar ya las operaciones de la expedición, porque se había llegado al terreno ocupado por los bárbaros. La segunda sección fué desembarcada allí, para que operase por

tierra, según las instrucciones que fueron comunicadas á su comandante Ongay, y habiéndose empleado en esta ocupación una gran parte de la noche, al rayar el alba del día 29 toda la división volvió á ponerse en movimiento. La primera sección, que continuaba haciendo el viaje por agua, iba á nivel de la que marchaba por tierra, con el objeto de prestarse mutua protección. Era ya tiempo de tomar estas precauciones, porque los indios embistieron por la primera vez á la expedición en un rancho llamado Tasajo, donde estaban emboscados. Detúvose la flotilla para repeler la agresión, y en menos de un cuarto de hora de combate los bárbaros apelaron á la fuga, dejando señalado el campo con varios rastros de sangre. El valiente capitán americano Beresford, que llevaba la vanguardia de la primera sección, perdió la existencia en este primer encuentro con el enemigo.

Cetina hizo explorar el campo en seguida, y no habiéndose encontrado nada que llamase la atención, se continuó el viaje hasta el rancho Chac, en donde el *Titán* y otras dos embarcaciones tuvieron necesidad de detenerse, porque su calado no les permitía navegar por los esteros. Los indios, que, á juzgar por sus precauciones, habían previsto con tiempo la expedición de que nos venimos ocupando, habían obstruido estos esteros arrojando al agua una multitud de piedras y otros objetos que embarazasen la navegación. Cetina se vió en la necesidad de echar al agua á sus soldados, para que extrajesen estos obstáculos y arrastrasen las canoas, y como ambas operaciones demandaban tiempo, al cabo de dos días sólo habían entrado en la laguna de Bacalar siete embarcaciones pequeñas, conduciendo 150 hombres de la sección de González.

Entretanto, la sección de tierra se había situado al sur de Bacalar desde la mañana del 1.º de mayo, y hostilizada fuertemente por los bárbaros que defendían la villa, se estuvo batiendo todo el día y una gran parte de la noche.

El teniente coronel Ongay fué gravemente herido en este combate, y entonces se hizo cargo de la sección el mayor general D. Angel Rosado, por disposición del mismo jefe de la división, á quien se pudo dar cuenta del incidente.

En la madrugada del 2 el coronel Cetina se propuso dar el ataque general, con cuyo objeto hizo desembarcar la gente que había llegado á la laguna, y puesta á las órdenes del teniente coronel González, tomó la dirección necesaria para operar por el norte de la villa. La flotilla se conservó en su puesto, con el objeto de atacar por el frente. A las nueve y media de la mañana todas las secciones tenían ya ocupado el lugar que se les había señalado, y comenzó el ataque. Los indios se defendieron al principio con valor; pero los agresores calaron bayonetas y se arrojaron con impavidez sobre los atrincheramientos. Al cabo de media hora, todo había terminado: la villa de Bacalar se hallaba en poder de las tropas del gobierno (1).

Los principales edificios de la población, con inclusión de la fortaleza, se conservaban intactos. En varios de ellos se encontró una regular cantidad de víveres; y como la expedición había traído consigo otras provisiones que el vapor *Cetro* compró en Nueva Orleans, Cetina pudo descansar tranquilo, al menos por algún tiempo, bajo este respeto. Dedicóse entonces á fortificar la villa, y con este objeto mandó construir de pronto dieciséis trincheras, de un extremo á otro de la laguna. No le faltó gente para cubrir todos estos puestos, porque más de cien bacalareños con sus familias vinieron á presentársele en los primeros días de mayo, solicitando un puesto entre sus filas.

Los indios que huyeron de Bacalar no tardaron en dar noticia de su derrota á Jacinto Pat, quien desde su rancho Tabi dirigía las operaciones del Sur. El caudillo dictó in-

(1) Nota oficial del coronel Cetina, publicada en el número 314 del *Boletín oficial*.

mediatamente las órdenes necesarias para levantar fuerzas en todas las regiones de la Península que aun se conservaban bajo su dependencia, y fué tanta la prisa que sus subalternos se dieron para ejecutar este mandato, que en la mañana del 14 de mayo, antes de que el sol se presentase en el horizonte, más de cuatro mil indios se encontraban á la vista de Bacalar, colocando su línea de fortificaciones frente á las de la plaza. Los defensores de la villa rompieron un fuego vivo y nutrido sobre los agresores; pero como éstos habían adelantado una gran parte de sus trabajos durante la noche, no sólo conservaron sus posiciones, sino que avanzaron hasta cuarenta pasos de distancia, introduciéndose en las casas de mampostería y de ripio que habían quedado fuera de la línea, y horadándolas para dirigir sus tiros. Cetina hizo destruir estas casas con las piezas de artillería de mayor calibre que tenía consigo, y los indios se retiraron entonces á sus posiciones á continuar el combate. Duró éste todo el día y una gran parte de la noche, y en la mañana del 15 los indios, que habían retirado unas 200 varas su línea para dormir con tranquilidad, volvieron á aproximarla como el día anterior, bajo los tiros incesantes de la plaza (2).

Desde este momento quedó establecido el asedio de Bacalar, sin que hiciese desistir á los indios de su propósito la ventaja que sobre ellos tenía la plaza, por las piezas de artillería de que estaba dotada, y las cuales hacían frecuentes disparos, así de día como de noche. José María Zuc era el jefe principal de los agresores (3), y parecía resuelto á cumplir las órdenes que le había comunicado Jacinto Pat de hacer desocupar á los blancos aquella plaza, que era tan necesaria á los sublevados para su comercio con

(2) *Boletín oficial*, número 327.

(3) Un indio que cayó prisionero más tarde, declaró, sin embargo, que los sitiadores estaban acaudillados, ó dirigidos al menos, por un blanco extranjero y por un negro inglés llamado Yatch.

Belice. Diariamente se trababan combates entre sitiados y sitiadores, y en el día 31 de mayo el arrojo de los primeros llegó á tal extremo, que después de haber cargado con calor por la parte del Oeste y del Sur, salieron de sus atrincheramientos y avanzaron á pecho descubierto sobre los de la plaza; pero no tardaron en retirarse, arrastrando en pos de sí los despojos sangrientos de sus compañeros que habían sido víctimas de este acto de audacia (4).

Los indios no se limitaron en sus operaciones á la villa de Bacalar. También atacaron el 28 á Chac, en cuyo punto había dejado Cetina una guarnición de cincuenta hombres, protegida por el pailebot de guerra *Titán*. Esta guarnición se defendió bizarramente en el reducto que había formado, y como la embarcación dirigía al mismo tiempo tiros certeros de artillería sobre los asaltantes, éstos fueron al fin dispersados y perseguidos hasta larga distancia. El teniente coronel González visitó pocos días después el punto con 150 hombres de su sección, y habiendo hecho recorrer las inmediaciones, fueron batidas y dispersadas algunas partidas de indios que se ocupaban en obstruir los esteros. Los ranchos Tasajo y Patiño, que ordinariamente servían de guarida á los bárbaros, fueron reducidos á cenizas por nuestras tropas.

El 4 de junio Cetina quiso hacer un esfuerzo para ver si obligaba á los indios á levantar el sitio de la villa. Á las diez de la mañana seis guerrillas salieron de la línea, y á fin de dejarles libre el paso por donde debían flanquear, se hizo previamente un vivo fuego de artillería desde la plaza. En seguida, y en el momento en que se creyó conveniente, otras fuerzas salieron de las trincheras y se arrojaron sobre las de los bárbaros con tanto ímpetu, que los

(4) Los pormenores que desde este momento comenzamos á consignar, están tomados de un diario escrito por el mismo jefe de la división, D. José D. Cetina, y el cual fué publicado en varios números del *Boletín* citado.

arrollaron completamente y los obligaron á emprender la fuga. Los vencedores no se detuvieron, y persiguieron al enemigo hasta media legua de distancia, quitándoles una porción de atrincheramientos que embarazaban el tránsito. Entonces las pocas fuerzas que quedaban en la plaza salieron de su recinto y destruyeron completamente todas las fortificaciones del enemigo, sin respetar ni las casas de paja en que se abrigaba, las cuales fueron entregadas á las llamas; pero los indios, con esa tenacidad característica de su raza, volvieron á hostilizar la plaza en los días subsecuentes, y muy pronto dejaron realzados sus atrincheramientos en la misma línea que se habían empeñado en conservar.

Desde entonces los combates se renovaron con más ardor y vehemencia que en el mes anterior. Sitiados y sitiadores sólo descansaban generalmente durante los grandes aguaceros que en el verano caen con abundancia en aquella región. Los indios escogían muchas veces las horas más avanzadas de la noche para sus ataques y sorpresas. Cuando todo parecía dormido en ambos campamentos, los sitiadores salían cautelosamente de su línea, y como su desnudez no permitía que fuesen descubiertos en las tinieblas, tenían la audacia de llegar hasta el pie de las trincheras de la plaza para tapar con piedras sus arpilleras. Otras veces verificaban estas salidas á la claridad que ellos mismos se procuraban incendiando sus barracas, y en ambos casos se empeñaba un rudo combate en que la plaza solía perder momentáneamente alguna de sus trincheras. Los bárbaros acababan siempre por huir, dejando regado de cadáveres y de sangre el espacio que separaba á los dos campamentos.

El 29 de junio tuvo lugar uno de los episodios más sangrientos de aquel sitio memorable; pero en lugar de referirlo nosotros, vamos á ceder la palabra al mismo coronel Cetina, el cual consigna este hecho en su diario con la